

EL BANQUETE DE VIRIDIANA

Una fila de menesterosos esperaba a la puerta de la casa. Tullidos, ciegos, harapientos, hombres desdentados, por fin, entraron en el gran comedor. Una alargada mesa de madera, vestida con un sencillo mantel blanco, estaba dispuesto en la sala. Sobre ésta, una gran araña de cristal alumbraba el banquete. Los menesterosos, hombres y mujeres, incluso niños, procedentes de toda la ciudad, se sentaron con cierta extrañeza en sus rostros. El banquete fue servido. Un ángel rubio era el plato principal. Su cuerpo se ofrecía en una enorme bandeja de plata sobre la gran mesa. Los muertos de hambre comenzaron a devorarlo. Para acompañarlo, había un exquisito vino rojo que los sirvientes acabarían por sustituirlo por otro de peor calidad. Los hombres y mujeres pasaron de tener expresiones extrañas a mostrar gestos zafios y burlones. La orgía empezaba a calentarse. El sacrilegio se alimentaba del blanco cuerpo de Viridiana. Su persona había sido, porque a estas alturas de la cena era un resto descuartizado para buitres, un monumento a la belleza. Una Venus cuya entrega era proyección de su esplendor personal. Los pobres se cebaban en ella mientras emitían risas groseras, carcajadas altisonantes y gestos obscenos. La entrega, en nombre de Cristo, de una Narciso de nombre Viridiana, se había convertido en un acto de sacrilegio ejecutado por la maldad de esos menesterosos expulsados del paraíso.

